

FUENLABRADA LIBERTARIA

AUTOGESTION ★ **SOLIDARIDAD**

APOYO MUTUO ★ **ASAMBLEA**

Fanzine del Sindicato de Oficios Varios de CNT Fuenlabrada.

Año 3 - Nº 13 | Septiembre - Octubre | Publicación Gratuita

ESPECIAL

LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO REMUNERADO



FUENLABRADA LIBERTARIA es un fanzine gratuito y bimensual creado por el sindicato de oficios varios de la **CNT Fuenlabrada** para la clase trabajadora, para divulgar las ideas libertarias y la práctica anarcosindicalista.



CONTENIDO

SIN SALARIO, ¿CUÁL ES EL INCENTIVO PARA TRABAJAR?	3
ELOGIO DE LA OCIOSIDAD	8
FRAGMENTOS 1.2	21
TRABAJO ASALARIADO, NO GRACIAS	22
CAMBIAR EL ESCENARIO	26
FRAGMENTOS 2.2	31
COMIC	32

EDITORIAL



De izquierda a derecha, de arriba abajo las diferentes subjetividades patrocinadas por el sistema se basan en el amor al trabajo. El sindicalismo no ha sido la excepción, no nos engañemos. El hecho de pertenencia al proletariado, no ha sido un ejercicio como resultado de nuestra voluntad, sino que se nos ha impuesto de forma externa. No queremos perpetuar ni su condición ni internacionalizar sus cualidades y defectos, queremos abolirlo tanto como al trabajo y el salario. No hay orgullo en la mala vida a la que se ve empujada la clase trabajadora, no queremos reformarla para seguir siendo mejor explotadas. Decía sabiamente un grupo de música “Mi trabajo con mi dignidad van de la mano donde llevo un móvil para estar comunicado (encadenado), mi jefe es mi colega da igual que sea mi amo, nos reímos juntos, aunque yo sea su esclavo”.

No queremos mejorar las condiciones de nuestra explotación, no queremos ser ni amos ni esclavos.

SIN SALARIO, ¿CUAL ES EL INCENTIVO PARA TRABAJAR?



Algunos les preocupa que si abolimos el capitalismo y el trabajo asalariado, nadie trabajará más. Es cierto que el trabajo tal como existe ahora dejaría de existir para la mayoría de la gente, pero el trabajo que es socialmente útil ofrece una serie de incentivos además de los cheques de pago. En todo caso, que me paguen por hacer algo hace que sea menos agradable. La alienación del trabajo, que es parte del capitalismo destruye los incentivos naturales para trabajar, tales como el placer de actuar libremente y la satisfacción de un trabajo bien hecho. Cuando el trabajo nos pone en una posición de inferioridad - con el jefe que nos supervisa y la gente rica, que es dueña de nuestro propio lugar de trabajo - y no tenemos poder de decisión en nuestro trabajo, sino seguir las órdenes sin pensar, puede llegar a ser terriblemente odioso y adormecedor de mente- También perdemos nuestros incentivos por el trabajo cuando no estamos haciendo algo útil para nuestras comunidades. De los pocos trabajadores que hoy tienen la suerte de producir realmente algo que puedan ver, casi todos están haciendo algo que es rentable para sus empleadores pero que carece completamente de sentido para ellos en lo personal. El Fordismo o la estructuración de la mano de obra en cadenas de montaje convierte a las personas en maquinas. En lugar de cultivar habilidades de las que los trabajadores puedan estar orgullosos, resulta más rentable dar a cada persona una única tarea repetitiva y colocarla en una cadena de montaje. No es de extrañar que tantos trabajadores saboteen o roben desde sus lugares de trabajo, o se presenten con un arma automática y “se vuelvan locos”.

La idea de que sin salarios la gente dejaría de trabajar carece de fundamento. En la línea de tiempo de la historia humana, los salarios son una invención bastante reciente, sin embargo, las sociedades que han existido sin monedas o salarios no murieron de hambre sólo porque no se les pagó a los trabajadores. Con la abolición del trabajo asalariado, sólo el tipo de trabajo que no se puede justificar a sí mismo como útil desaparecería; todo el tiempo y los recursos dedicados a crear toda la basura inútil en la que nuestra sociedad se está ahogando sera ahorrado. Piensa en la cantidad de recursos y mano de obra que van a la publicidad, correos masivos, envases desechables, juguetes baratos, artículos desechables - cosas que nadie se enorgullece de hacer, diseñados para desintegrarse en poco tiempo para tener que comprar la siguiente versión.

Las sociedades indígenas con menos división del trabajo no tenían ningún problema en hacerlo sin salario, ya que las principales actividades económicas - la producción de alimentación, vivienda, ropa, herramientas - están fácilmente conectadas al común de las necesidades. En tales circunstancias, el trabajo es una actividad social necesaria y una obligación evidente de todos los miembros capaces de la comunidad. Y debido a que el trabajo tiene lugar en un entorno flexible y personal, puede ser adaptado a las capacidades de cada individuo, y no hay nada que aleje a las personas de transformar el trabajo en juego. Arreglar tu casa, cazar, vagar por el bosque para identificar plantas y animales, tejer, cocinar para una fiesta - ¿no son estas cosas las que la aburrida gente de la clase media hace en sus horas de ocio para olvidar, por un momento, sus repugnantes puestos de trabajo?

Las sociedades anticapitalistas con una mayor especialización económica han desarrollado una variedad de métodos para proporcionar incentivos y distribuir los productos del trabajo de los trabajadores. Los mencionados kibutzim israelíes ofrecen un ejemplo de los incentivos para trabajar en ausencia de salarios. Un libro que documenta la vida y el trabajo en un kibbutz identifica cuatro motivaciones principales para trabajar en los equipos de trabajo cooperativo, que carecía de competencia individual y motivos de beneficio: la productividad del grupo afecta el estándar de vida de toda la comunidad, por lo que existe una presión del grupo de trabajar duro, los miembros elijen donde quieren trabajar, y obtienen la satisfacción de su trabajo, las personas desarrollan un orgullo competitivo si su rama de trabajo lo hace mejor que las otras ramas, la gente gana prestigio en el trabajo porque el trabajo es una asociación cultural valiosa. Como se describió anteriormente, la caída definitiva del experimento kibutz derivó en gran medida del hecho de que los kibutzim eran

empresas socialistas que competían en una economía capitalista, y por lo tanto subsumidos a la lógica de la competencia en lugar de la lógica de la ayuda mutua. Una comuna organizada de manera similar en un mundo sin capitalismo no enfrenta los mismos problemas. En cualquier caso, la falta de voluntad de trabajar por la falta de salarios no fue uno de los problemas que enfrentaron los kibutzim. Muchos anarquistas sugieren que los gérmenes del capitalismo se encuentran en la mentalidad de la producción misma. Si un determinado tipo de economía puede sobrevivir dentro del capitalismo, aún sin poder crecer mucho, es una medida de su pobre potencial liberador. Pero los anarquistas proponen y debaten diferentes formas de economía, algunas de las cuales sólo se pueden practicar de forma limitada ya que son totalmente ilegales en el mundo actual. En el movimiento okupa europeo, algunas ciudades han tenido o siguen teniendo tantos centros sociales y casas okupadas que ellos constituyen una sociedad sombra. En Barcelona, por ejemplo, tan recientemente como en el 2008 había más de cuarenta centros sociales okupados y al menos 200 casas. Los colectivos de personas que habitan estas okupas suelen utilizar el consenso y las asambleas de grupo, y la mayoría son explícitamente anarquistas o intencionadamente anti-autoritarios. En gran medida, el trabajo y el intercambio han sido abolidos de la vida de estas personas, cuyas redes atrapan a miles. Muchos no han emprendido trabajos, o trabajan sólo por temporadas o esporádicamente, ya que no es necesario pagar el alquiler. Por ejemplo, el autor de este libro, ha vivido dentro de esta red durante dos años, ha sobrevivido la mayor parte del tiempo con menos de un euro al día. Por otra parte, la gran cantidad de actividad que llevan a cabo dentro del movimiento autónomo esta completamente desprovista de salario. Pero ellos no necesitan salarios: ellos trabajan para sí mismos. Ellos okupan edificios abandonados que se pudren gracias a los especuladores, como una protesta contra el aburguesamiento, y como anti-capitalistas usan la acción directa para dotarse de una vivienda. Se enseñan mutuamente las habilidades que se necesitarán a lo largo del camino, como arreglar y limpiar las casas nuevas, la aplicación de parches en los techos, la instalación de ventanas, baños, duchas, luz, cocinas, y toda otra cosa que necesiten. A menudo roban electricidad, agua, e internet, y gran parte de sus alimentos provienen de la recolección de basureros, del robo, y de cultivos okupas. En la ausencia total de salarios o administradores, ellos realizan a una gran cantidad de trabajo, pero a su propio ritmo y lógica. La lógica es la de la ayuda mutua. Además de arreglar sus propias casas, también dirigen sus energías para trabajar por sus barrios y enriquecer sus comunidades. Ellos satisfacen muchas de sus necesidades colectivas además de la vivienda. Algunos centros sociales poseen talleres de reparación de bicicletas, permitiendo a las personas reparar o construir sus

propias bicicletas con piezas viejas. Otros ofrecen talleres de carpintería, defensa personal y yoga, talleres de curación natural, bibliotecas, jardines, comidas comunales, arte y grupos de teatro, cursos de idiomas alternativos, medios de comunicación y contrainformación, espectáculos musicales, películas, talleres de computación donde la gente puede utilizar Internet y aprender sobre seguridad de correos electrónicos o de creación de sus propios sitios web y eventos de solidaridad para hacer frente a la represión inevitable. Casi todos estos servicios se ofrecen totalmente gratis. No hay intercambio - un grupo se organiza para prestar un servicio a todo el mundo, y los beneficios son para toda la red social. Con una asombrosa cantidad de iniciativas en una sociedad tan pasiva, los okupas ilegales regularmente dan la idea de organizar una comida comunitaria o un taller de reparación de bicicletas o una muestra de cine semanal, hablan con amigos y con los amigos de los amigos, hasta que tienen la suficiente gente y recursos para hacer realidad una idea, y luego corren la voz o ponen carteles con la esperanza de que el mayor número posible de personas vendrán a participar. Para una mentalidad capitalista, están invitando ávidamente a la gente con para robarles, pero los okupas no se detienen a preguntarse si las actividades les dejarán dinero. Es evidente que han creado una nueva forma de riqueza, y compartir lo que hacen claramente los hace más ricos. Los vecindarios de los alrededores también se hacen más ricos cuando los okupas toman la iniciativa para crear proyectos mucho más rápido que lo que el gobierno local podría. En la revista de una asociación de vecinos de Barcelona, alababan a una okupa por responder a una demanda que el gobierno había estado ignorando durante años - la construcción de una biblioteca para el barrio. La revista de noticias de la corriente principal comentó: "los okupas hacen el trabajo que el Distrito olvida."² En ese mismo barrio, los okupas resultaron ser un poderoso aliado para un vecino que pagaba la renta y que estaba siendo presionado por el propietario. Los okupas trabajaron incansablemente con una asociación de ancianos que se enfrentaban a situaciones similares de argucias y desalojos ilegales por parte de los propietarios, y finalmente detuvieron el desalojo de sus vecinos.

En una tendencia que parece común a la abolición total del trabajo, lo social y lo económico se mezclan para convertirse en indistinguibles. La mano de obra y los servicios no son valorizados o no se les da un valor en dólares, son actividades sociales que se llevan a cabo individual o colectivamente, como parte de la vida diaria, sin necesidad de contabilidad o de gestión. El resultado es que en ciudades como Barcelona, las personas pueden pasar la mayor parte de su tiempo y cumplir con la mayoría de sus necesidades - desde vivienda hasta entretenimiento - en esta red social de los okupas, sin trabajar y casi sin dinero. Claro está que

no todo puede ser robado (no todavía), y los okupas siguen obligados a vender su fuerza de trabajo para pagar cosas como la atención médica y los costos legales. Sin embargo, para muchas personas el carácter excepcional de las cosas que no pueden ser autoproducidas, rescatadas o robadas, o la indignación de tener que vender valiosos momentos de vida en trabajar para una corporación, puede tener el efecto de aumentar el nivel de conflicto con el capitalismo.

Un riesgo potencial de cualquier movimiento suficientemente fuerte como para crear una alternativa al capitalismo es que sus participantes pueden convertirse fácilmente en autocomplacientes que viven en su burbuja de autonomía y que pierdan la voluntad de luchar por la abolición total del capitalismo. Okupar en sí puede convertirse fácilmente en un ritual, y en Barcelona el movimiento en su conjunto no ha aplicado la misma creatividad a la resistencia y al ataque, como lo ha hecho en muchos de los aspectos prácticos de arreglar casas y en la búsqueda de la subsistencia con poco o sin dinero. La naturaleza del auto-sostenimiento de la red de okupas, la inmediata presencia de libertad, iniciativa, placer, independencia y de comunidad en sus vidas de ninguna manera ha destruido al capitalismo, pero pone de manifiesto, al fin y al cabo, que es un cadáver ambulante, con nada más que la policía para evitar ser extinguido y reemplazado por formas de vida muy superiores.

“LA ANARQUIA FUNCIONA”

Peter Gederloos,

Pags. 53 a 55.



ELOGIO DE LA OCIOSIDAD



Bertrand Russell., 1932

Como casi toda mi generación, fui educado en el espíritu del refrán “La ociosidad es la madre de todos los vicios”. Niño profundamente virtuoso, creí todo cuanto me dijeron, y adquirí una conciencia que me ha hecho trabajar intensamente hasta el momento actual. Pero, aunque mi conciencia haya controlado mis actos, mis opiniones han experimentado una revolución. Creo que se ha trabajado demasiado en el mundo, que la creencia de que el trabajo es una virtud ha causado enormes daños y que lo que hay que predicar en los países industriales modernos es algo completamente distinto de lo que siempre se ha predicado.

Todo el mundo conoce la historia del viajero que vio en Nápoles doce mendigos tumbados al sol (era antes de la época de Mussolini) y ofreció una lira al más perezoso de todos. Once de ellos se levantaron de un salto para reclamarla, así que se la dio al duodécimo. Aquel viajero hacía lo correcto. Pero en los países que no disfrutaban del sol mediterráneo, la ociosidad es más difícil y para promoverla se requeriría una gran propaganda. Espero que, después de leer las páginas que siguen, los dirigentes de la Asociación Cristiana de Jóvenes emprendan una campaña para inducir a los jóvenes a no hacer nada. Si es así, no habré vivido en vano.

Antes de presentar mis propios argumentos a favor de la pereza, tengo que refutar uno que no puedo aceptar. Cada vez que alguien que ya dispone de lo suficiente para vivir se propone ocuparse en alguna clase de trabajo diario, como la enseñanza o la mecanografía, se le dice, a él o a ella, que tal conducta lleva a quitar el pan de la boca a otras personas, y que, por tanto, es inicua. Si este argumento fuese válido, bastaría con que todos nos mantuviésemos inactivos para tener la boca llena de pan.

Lo que olvida la gente que dice tales cosas es que un hombre suele gastar lo que gana, y al gastar genera empleo. Al gastar sus ingresos, un hombre pone tanto pan en las bocas de los demás como les quita al ganar. El verdadero malvado, desde este punto de vista, es el hombre que ahorra. Si se limita a meter sus ahorros en un calcetín, como el proverbial campesino francés, es obvio que no genera empleo. Si invierte sus ahorros, la cuestión es menos obvia, y se plantean diferentes casos.

Una de las cosas que con más frecuencia se hacen con los ahorros es prestarlos a algún gobierno. En vista del hecho de que el grueso del gasto público de la mayor parte de los gobiernos civilizados consiste en el pago de deudas de guerras pasadas o en la preparación de guerras futuras, el hombre que presta su dinero a un gobierno se halla en la misma situación que el malvado de Shakespeare que alquila asesinos. El resultado estricto de los hábitos de ahorro del hombre es el incremento de las fuerzas armadas del estado al que presta sus economías. Resulta evidente que sería mejor que gastara el dinero, aun cuando lo gastara en bebida o en juego.

Pero-se me dirá-el caso es absolutamente distinto cuando los ahorros se invierten en empresas industriales. Cuando tales empresas tienen éxito y producen algo útil, se puede admitir. En nuestros días, sin embargo, nadie negará que la mayoría de las empresas fracasen. Esto significa que una gran cantidad de trabajo humano, que hubiera podido dedicarse a producir algo susceptible de ser disfrutado, se consumió en la fabricación de máquinas que, una vez construidas, permanecen paradas y no benefician a nadie.

Por ende, el hombre que invierte sus ahorros en un negocio que quiebra, perjudica a los demás tanto como a sí mismo. Si gasta su dinero-digamos-en dar fiestas a sus amigos, éstos se divertirán-cabe esperarlo-, al tiempo en que se benefician todos aquellos con quienes gastó su dinero, como el carnicero, el panadero y el contrabandista de alcohol. Pero si lo gasta-digamos-en tender rieles para tranvías en un lugar donde los tranvías resultan innecesarios, habrá desviado un considerable volumen de trabajo por caminos en los que no dará placer a nadie. Sin embargo, cuando se empobrezca por el fracaso de su inversión, se le considerará víctima de una desgracia inmerecida, en tanto que al alegre derrochador, que gastó su dinero filantrópicamente, se le despreciará como persona alocada y frívola.

Nada de esto pasa de lo preliminar. Quiero decir, con toda seriedad, que la fe en las virtudes del TRABAJO está haciendo mucho daño en el

mundo moderno y que el camino hacia la felicidad y la prosperidad pasa por una reducción organizada de aquél.

Ante todo, ¿qué es el trabajo? Hay dos clases de trabajo; la primera: modificar la disposición de la materia en, o cerca de, la superficie de la tierra, en relación con otra materia dada; la segunda: mandar a otros que lo hagan. La primera clase de trabajo es desagradable y está mal pagado; la segunda es agradable y muy bien pagada. La segunda clase es susceptible de extenderse indefinidamente: no solamente están los que dan órdenes, sino también los que dan consejos acerca de qué órdenes deben darse. Por lo general, dos grupos organizados de hombres dan simultáneamente dos clases opuestas de consejos; esto se llama política. Para esta clase de trabajo no se requiere el conocimiento de los temas acerca de los cuales ha de darse consejo, sino el conocimiento del arte de hablar y escribir persuasivamente, es decir, del arte de la propaganda.

En Europa, aunque no en Norteamérica, hay una tercera clase de hambres, más respetada que cualquiera de las clases de trabajadores. Hay hombres que, merced a la propiedad de la tierra, están en condiciones de hacer que otros paguen por el privilegio de que les consienta existir y trabajar. Estos terratenientes son gentes ociosas, y por ello cabría esperar que yo los elogiara. Desgraciadamente, su ociosidad solamente resulta posible gracias a la laboriosidad de otros; en efecto, su deseo de cómoda ociosidad es la fuente histórica de todo el evangelio del trabajo. Lo último que podrían desear es que otros siguieran su ejemplo.

Desde el comienzo de la civilización hasta la revolución industrial, un hombre podía, por lo general, producir, trabajando duramente, poco más de lo imprescindible para su propia subsistencia y la de su familia, aun cuando su mujer trabajara al menos tan duramente como él, y sus hijos agregaran su trabajo tan pronto como tenían la edad necesaria para ello. El pequeño excedente sobre lo estrictamente necesario no se dejaba en manos de los que lo producían, sino que se lo apropiaban los guerreros y los sacerdotes.

En tiempos de hambruna no había excedente; los guerreros y los sacerdotes, sin embargo, seguían reservándose tanto como en otros tiempos, con el resultado de que muchos de los trabajadores morían de hambre. Este sistema perduró en Rusia hasta 1917, (2) y todavía perdura en Oriente; en Inglaterra, a pesar de la revolución industrial, se mantuvo en plenitud durante las guerras napoleónicas y hasta hace cien años, cuando la nueva clase de los industriales ganó poder.

En Norteamérica, el sistema terminó con la revolución, excepto en el Sur, donde sobrevivió hasta la guerra civil. Un sistema que duró tanto y que terminó tan recientemente ha dejado, como es natural, una huella profunda en los pensamientos y las opiniones de los hombres. Buena parte de lo que damos por sentado acerca de la conveniencia del trabajo procede de este sistema, y, al ser preindustrial, no está adaptado al mundo moderno. La técnica moderna ha hecho posible que el ocio, dentro de ciertos límites, no sea la prerrogativa de clases privilegiadas poco numerosas, sino un derecho equitativamente repartido en toda la comunidad. La moral del trabajo es la moral de los esclavos, y el mundo moderno no tiene necesidad de esclavitud.

Es evidente que, en las comunidades primitivas, los campesinos, de haber podido decidir, no hubieran entregado el escaso excedente con que subsistían los guerreros y los sacerdotes, sino que hubiesen producido menos o consumido más. Al principio, era la fuerza lo que los obligaba a producir y entregar el excedente. Gradualmente, sin embargo, resultó posible inducir a muchos de ellos a aceptar una ética según la cual era su deber trabajar intensamente, aunque parte de su trabajo fuera a sostener a otros, que permanecían ociosos. Por este medio, la compulsión requerida se fue reduciendo y los gastos de gobierno disminuyeron.

En nuestros días, el noventa y nueve por ciento de los asalariados británicos se sentirían realmente impresionados si se les dijera que el rey no debe tener ingresos mayores que los de un trabajador. El concepto de deber, en términos históricos, ha sido un medio utilizado por los poseedores del poder para inducir a los demás a vivir para el interés de sus amos más que para su propio interés. Por supuesto, los poseedores del poder ocultan este hecho aún ante sí mismos, y se las arreglan para creer que sus intereses son idénticos a los más grandes intereses de la humanidad. A veces esto es cierto; los atenienses propietarios de esclavos, por ejemplo, empleaban parte de su tiempo libre en hacer una contribución permanente a la civilización, que hubiera sido imposible bajo un sistema económico justo.

El tiempo libre es esencial para la civilización, y, en épocas pasadas, sólo el trabajo de los más hacía posible el tiempo libre de los menos. Pero el trabajo era valioso, no porque el trabajo en sí fuera bueno, sino porque el ocio es bueno. Y con la técnica moderna sería posible distribuir justamente el ocio, sin menoscabo para la civilización.

La técnica moderna ha hecho posible reducir enormemente la cantidad

de trabajo requerida para asegurar lo imprescindible para la vida de todos. Esto se hizo evidente durante la guerra. En aquel tiempo, todos los hombres de las fuerzas armadas, todos los hombres y todas las mujeres ocupados en la fabricación de municiones, todos los hombres y todas las mujeres ocupados en espiar, en hacer propaganda bélica o en las oficinas del gobierno relacionadas con la guerra, fueron apartados de las ocupaciones productivas. A pesar de ello, el nivel general de bienestar físico entre los asalariados no especializados de las naciones aliadas fue más alto que antes y que después. La significación de este hecho fue encubierta por las finanzas: los préstamos hacían aparecer las cosas como si el futuro estuviera alimentando al presente. Pero esto, desde luego, hubiese sido imposible; un hombre no puede comerse una rebanada de pan que todavía no existe.

La guerra demostró de modo concluyente que la organización científica de la producción permite mantener las poblaciones modernas en un considerable bienestar con sólo una pequeña parte de la capacidad de trabajo del mundo entero. Si la organización científica, que se había concebido para liberar hombres que lucharan y fabricaran municiones, se hubiera mantenido al finalizar la guerra, y se hubiesen reducido a cuatro las horas de trabajo, todo hubiera ido bien. En lugar de ello, fue restaurado el antiguo caos: aquellos cuyo trabajo se necesitaba se vieron obligados a trabajar largas horas, y al resto se le dejó morir de hambre por falta de empleo. ¿Por qué? Porque el trabajo es un deber, y un hombre no debe recibir salarios proporcionados a lo que ha producido, sino proporcionados a su virtud, demostrada por su laboriosidad.

Ésta es la moral del estado esclavista, aplicada en circunstancias completamente distintas de aquellas en las que surgió. No es de extrañar que el resultado haya sido desastroso. Tomemos un ejemplo. Supongamos que, en un momento determinado, cierto número de personas trabaja en la manufactura de alfileres. Trabajando-digamos-ocho horas por día, hacen tantos alfileres como el mundo necesita. Alguien inventa un ingenio con el cual el mismo número de personas puede hacer dos veces el número de alfileres que hacía antes.

Pero el mundo no necesita duplicar ese número de alfileres: los alfileres son ya tan baratos, que difícilmente pudiera venderse alguno más a un precio inferior. En un mundo sensato, todos los implicados en la fabricación de alfileres pasarían a trabajar cuatro horas en lugar de ocho, y todo lo demás continuaría como antes. Pero en el mundo real esto se juzgaría desmoralizador. Los hombres aún trabajan ocho horas; hay demasiados alfileres; algunos patronos quiebran, y la mitad de los

hombres anteriormente empleados en la fabricación de alfileres son despedidos y quedan sin trabajo.

Al final, hay tanto tiempo libre como en el otro plan, pero la mitad de los hombres están absolutamente ociosos, mientras la otra mitad sigue trabajando demasiado. De este modo, queda asegurado que el inevitable tiempo libre produzca miseria por todas partes, en lugar de ser una fuente de felicidad universal. ¿Puede imaginarse algo más insensato?

La idea de que el pobre deba disponer de tiempo libre siempre ha sido escandalosa para los ricos. En Inglaterra, a principios del siglo XX, la jornada normal de trabajo de un hombre era de quince horas; los niños hacían la misma jornada algunas veces, y, por lo general, trabajaban doce horas al día. Cuando los entremetidos apuntaron que quizá tal cantidad de horas fuese excesiva, les dijeron que el trabajo aleja a los adultos de la bebida y a los niños del mal.

Cuando yo era niño, poco después de que los trabajadores urbanos hubieran adquirido el voto, fueron establecidas por ley ciertas fiestas públicas, con gran indignación de las clases altas. Recuerdo haber oído a una anciana duquesa decir: “¿Para qué quieren las fiestas los pobres? Deberían trabajar”. Hoy, las gentes son menos francas, pero el sentimiento persiste, y es la fuente de gran parte de nuestra confusión económica.

Consideremos por un momento francamente, sin superstición, la ética del trabajo. Todo ser humano, necesariamente, consume en el curso de su vida cierto volumen del producto del trabajo humano. Aceptando, cosa que podemos hacer, que el trabajo es, en conjunto, desagradable, resulta injusto que un hombre consuma más de lo que produce.

Por supuesto, puede prestar algún servicio en lugar de producir artículos de consumo, como en el caso de un médico, por ejemplo; pero algo ha de aportar a cambio de su manutención y alojamiento. En esta medida, el deber de trabajar ha de ser admitido; pero solamente en esta medida.

No insistiré en el hecho de que, en todas las sociedades modernas, aparte de la URSS, mucha gente elude aun esta mínima cantidad de trabajo; por ejemplo, todos aquellos que heredan dinero y todos aquellos que se casan por dinero. No creo que el hecho de que se consienta a éstos permanecer ociosos sea casi tan perjudicial como el hecho de que se espere de los asalariados que trabajen en exceso o que mueran de hambre.

Si el asalariado ordinario trabajase cuatro horas al día, alcanzaría para todos y no habría paro- dando por supuesta cierta muy moderada cantidad de organización sensata-. Esta idea escandaliza a los ricos porque están convencidos de que el pobre no sabría cómo emplear tanto tiempo libre. En Norteamérica, los hombres suelen trabajar largas horas, aun cuando ya estén bien situados; estos hombres, naturalmente, se indignan ante la idea del tiempo libre de los asalariados, excepto bajo la forma del inflexible castigo del paro; en realidad, les disgusta el ocio aun para sus hijos.

Y, lo que es bastante extraño, mientras desean que sus hijos trabajen tanto que no les quede tiempo para civilizarse, no les importa que sus mujeres y sus hijas no tengan ningún trabajo en absoluto. La esnob admiración por la inutilidad, que en una sociedad aristocrática abarca a los dos sexos, queda, en una plutocracia, limitada a las mujeres; ello, sin embargo, no la pone en situación más acorde con el sentido común.

El sabio empleo del tiempo libre-hemos de admitirlo-es un producto de la civilización y de la educación. Un hombre que ha trabajado largas horas durante toda su vida se aburrirá si queda súbitamente ocioso. Pero sin una cantidad considerable de tiempo libre, un hombre se ve privado de muchas de las mejores cosas. Y ya no hay razón alguna para que el grueso de la gente haya de sufrir tal privación; solamente un necio ascetismo, generalmente vicario, nos lleva a seguir insistiendo en trabajar en cantidades excesivas, ahora que ya no es necesario.

En el nuevo credo dominante en el gobierno de Rusia, así como hay mucho muy diferente de la tradicional enseñanza de Occidente, hay algunas cosas que no han cambiado en absoluto. La actitud de las clases gobernantes, y especialmente de aquellas que dirigen la propaganda educativa respecto del tema de la dignidad del trabajo, es casi exactamente la misma que las clases gobernantes de todo el mundo han predicado siempre a los llamados pobres honrados. Laboriosidad, sobriedad, buena voluntad para trabajar largas horas a cambio de lejanas ventajas, inclusive sumisión a la autoridad, todo reaparece; por añadidura, la autoridad todavía representa la voluntad del Soberano del Universo. Quien, sin embargo, recibe ahora un nuevo nombre: materialismo dialéctico.

La victoria del proletariado en Rusia tiene algunos puntos en común con la victoria de las feministas en algunos otros países. Durante siglos, los hombres han admitido la superior santidad de las mujeres, y han consolado a las mujeres de su inferioridad afirmando que la santidad es

más deseable que el poder. Al final, las feministas decidieron tener las dos cosas, ya que las precursoras de entre ellas creían todo lo que los hombres les habían dicho acerca de lo apetecible de la virtud, pero no lo que les habían dicho acerca de la inutilidad del poder político.

Una cosa similar ha ocurrido en Rusia por lo que se refiere al trabajo manual. Durante siglos, los ricos y sus mercenarios han escrito en elogio del trabajo honrado, han alabado la vida sencilla, han profesado una religión que enseña que es mucho más probable que vayan al cielo los pobres que los ricos y, en general, han tratado de hacer creer a los trabajadores manuales que hay cierta especial nobleza en modificar la situación de la materia en el espacio, tal y como los hombres trataron de hacer creer a las mujeres que obtendrían cierta especial nobleza de su esclavitud sexual.

En Rusia, todas estas enseñanzas acerca de la excelencia del trabajo manual han sido tomadas en serio, con el resultado de que el trabajador manual se ve más honrado que nadie. Se hacen lo que, en esencia, son llamamientos a la resurrección de la fe, pero no con los antiguos propósitos: se hacen para asegurar los trabajadores de choque necesarios para tareas especiales. El trabajo manual es el ideal que se propone a los jóvenes, y es la base de toda enseñanza ética.

En la actualidad, posiblemente, todo ello sea para bien. Un país grande, lleno de recursos naturales, espera el desarrollo, y ha de desarrollarse haciendo un uso muy escaso del crédito. En tales circunstancias, el trabajo duro es necesario, y cabe suponer que reportará una gran recompensa. Pero ¿qué sucederá cuando se alcance el punto en que todo el mundo pueda vivir cómodamente sin trabajar largas horas?

En Occidente tenemos varias maneras de tratar este problema. No aspiramos a la justicia económica; de modo que una gran proporción del producto total va a parar a manos de una pequeña minoría de la población, muchos de cuyos componentes no trabajan en absoluto. Por ausencia de todo control centralizado de la producción, fabricamos multitud de cosas que no hacen falta. Mantenemos ocioso un alto porcentaje de la población trabajadora, ya que podemos pasarnos sin su trabajo haciendo trabajar en exceso a los demás.

Cuando todos estos métodos demuestran ser inadecuados, tenemos una guerra: mandamos a un cierto número de personas a fabricar explosivos de alta potencia y a otro número determinado a hacerlos estallar, como si fuéramos niños que acabáramos de descubrir los fuegos artificiales. Con

una combinación de todos estos dispositivos nos las arreglamos, aunque con dificultad, para mantener viva la noción de que el hombre medio debe realizar una gran cantidad de duro trabajo manual.

En Rusia, debido a una mayor justicia económica y al control centralizado de la producción, el problema tiene que resolverse de forma distinta. La solución racional sería, tan pronto como se pudiera asegurar las necesidades primarias y las comodidades elementales para todos, reducir las horas de trabajo gradualmente, dejando que una votación popular decidiera, en cada nivel, la preferencia por más ocio o por más bienes.

Pero, habiendo enseñado la suprema virtud del trabajo intenso, es difícil ver cómo pueden aspirar las autoridades a un paraíso en el que haya mucho tiempo libre y poco trabajo. Parece más probable que encuentren continuamente nuevos proyectos en nombre de los cuales la ociosidad presente haya de sacrificarse a la productividad futura. Recientemente he leído acerca de un ingenioso plan propuesto por ingenieros rusos para hacer que el mar Blanco y las costas septentrionales de Siberia se calienten, construyendo un dique a lo largo del mar de Kara. Un proyecto admirable, pero capaz de posponer el bienestar proletario por toda una generación, tiempo durante el cual la nobleza del trabajo sería proclamada en los campos helados y entre las tormentas de nieve del océano Artico. Esto, si sucede, será el resultado de considerar la virtud del trabajo intenso como un fin en sí misma, más que como un medio para alcanzar un estado de cosas en el cual tal trabajo ya no fuera necesario.

El hecho es que mover materia de un lado a otro, aunque en cierta medida es necesario para nuestra existencia, no es, bajo ningún concepto, uno de los fines de la vida humana. Si lo fuera, tendríamos que considerar a cualquier bracero superior a Shakespeare. Hemos sido llevados a conclusiones erradas en esta cuestión por dos causas. Una es la necesidad de tener contentos a los pobres, que ha impulsado a los ricos, durante miles de años, a predicar la dignidad del trabajo, aunque teniendo buen cuidado de mantenerse indignos a este respecto. La otra es el nuevo placer del mecanismo, que nos hace deleitarnos en los cambios asombrosamente inteligentes que podemos producir en la superficie de la tierra.

Ninguno de esos motivos tiene gran atractivo para el que de verdad trabaja. Si le preguntáis cuál es la que considera la mejor parte de su vida, no es probable que os responda: “Me agrada el trabajo físico porque me hace sentir que estoy dando cumplimiento a la más noble de las

tareas del hombre y porque me gusta pensar en lo mucho que el hombre puede transformar su planeta. Es cierto que mi cuerpo exige períodos de descanso, que tengo que pasar lo mejor posible, pero nunca soy tan feliz como cuando llega la mañana y puedo volver a la labor de la que procede mi contento”. Nunca he oído decir estas cosas a los trabajadores.

Consideran el trabajo como debe ser considerado, como un medio necesario para ganarse el sustento, y, sea cual fuere la felicidad que puedan disfrutar, la obtienen en sus horas de ocio.

Podrá decirse que, en tanto que un poco de ocio es agradable, los hombres no sabrían cómo llenar sus días si solamente trabajaran cuatro horas de las veinticuatro. En la medida en que ello es cierto en el mundo moderno, es una condena de nuestra civilización; no hubiese sido cierto en ningún período anterior. Antes había una capacidad para la alegría y los juegos que hasta cierto punto ha sido inhibido por el culto a la eficiencia.

El hombre moderno piensa que todo debería hacerse por alguna razón determinada, y nunca por sí mismo. Las personas serias, por ejemplo, critican continuamente el hábito de ir al cine, y nos dicen que induce a los jóvenes al delito. Pero todo el trabajo necesario para construir un cine es respetable, porque es trabajo y porque produce beneficios económicos.

La noción de que las actividades deseables son aquellas que producen beneficio económico lo ha puesto todo patas arriba. El carnicero que os provee de carne y el panadero que os provee de pan son merecedores de elogio, porque están ganando dinero; pero cuando vosotros disfrutáis del alimento que ellos os han suministrado, no sois más que unos frívolos, a menos que comáis tan sólo para obtener energías para vuestro trabajo.

En un sentido amplio, se sostiene que ganar dinero es bueno y gastarlo es malo. Teniendo en cuenta que son dos aspectos de una misma transacción, esto es absurdo; del mismo modo podríamos sostener que las llaves son buenas, pero que los ojos de las cerraduras son malos. Cualquiera que sea el mérito que pueda haber en la producción de bienes, debe derivarse enteramente de la ventaja que se obtenga consumiéndolos. El individuo, en nuestra sociedad' trabaja por un beneficio, pero el propósito social de su trabajo radica en el consumo de lo que él produce.

Este divorcio entre los propósitos individuales y los sociales respecto de la producción es lo que hace que a los hombres les resulte tan

difícil pensar con claridad en un mundo en el que la obtención de beneficios es el incentivo de la industria. Pensamos demasiado en la producción y demasiado poco en el consumo. Como consecuencia de ello, concedemos demasiado poca importancia al goce y a la felicidad sencilla, y no juzgamos la producción por el placer que da al consumidor.

Cuando propongo que las horas de trabajo sean reducidas a cuatro, no intento decir que todo el tiempo restante deba necesariamente malgastarse en puras frivolidades.

Quiero decir que cuatro horas de trabajo al día deberían dar derecho a un hombre a los artículos de primera necesidad y a las comodidades elementales en la vida, y que el resto de su tiempo debería ser de él para emplearlo como creyera conveniente. Es una parte esencial de cualquier sistema social de tal especie el que la educación vaya más allá del punto que generalmente alcanza en la actualidad y se proponga, en parte, despertar aficiones que capaciten al hombre para usar con inteligencia su tiempo libre.

No pienso especialmente en la clase de cosas que pudieran considerarse pedantes. Las danzas campesinas han muerto, excepto en remotas regiones rurales, pero los impulsos que dieron lugar a que se las cultivara deben de existir todavía en la naturaleza humana. Los placeres de las poblaciones urbanas han llegado a ser en su mayoría pasivos: ver películas, presenciar partidos de fútbol, escuchar la radio, y así sucesivamente. Ello resulta del hecho de que sus energías activas se consumen completamente en el trabajo; si tuvieran más tiempo libre, volverían a divertirse con juegos en los que hubieran de tomar parte activa.

En el pasado, había una reducida clase ociosa y una más numerosa clase trabajadora. La clase ociosa disfrutaba de ventajas que no se fundaban en la justicia social; esto la hacía necesariamente opresiva, limitaba sus simpatías y la obligaba a inventar teorías que justificasen sus privilegios. Estos hechos disminuían grandemente su mérito, pero, a pesar de estos inconvenientes, contribuyó a casi todo lo que llamamos civilización.

Cultivó las artes, descubrió las ciencias; escribió los libros, inventó las filosofías y refinó las relaciones sociales. Aun la liberación de los oprimidos ha sido, generalmente, iniciada desde arriba. Sin la clase ociosa, la humanidad nunca hubiese salido de la barbarie.

El sistema de una clase ociosa hereditaria sin obligaciones era, sin

embargo, extraordinariamente ruinoso. No se había enseñado a ninguno de los miembros de esta clase a ser laborioso, y la clase, en conjunto, no era excepcionalmente inteligente. Esta clase podía producir un Darwin, pero contra él habrían de señalarse decenas de millares de hidalgos rurales que jamás pensaron en nada más inteligente que la caza del zorro y el castigo de los cazadores furtivos. Actualmente, se supone que las universidades proporcionan, de un modo más sistemático, lo que la clase ociosa proporcionaba accidentalmente y como un subproducto. Esto representa un gran adelanto, pero tiene ciertos inconvenientes.

La vida de universidad es, en definitiva, tan diferente de la vida en el mundo, que las personas que viven en un ambiente académico tienden a desconocer las preocupaciones y los problemas de los hombres y las mujeres corrientes; por añadidura, sus medios de expresión suelen ser tales, que privan a sus opiniones de la influencia que debieran tener sobre el público en general. Otra desventaja es que en las universidades los estudios están organizados, y es probable que el hombre al que se le ocurre alguna línea de investigación original se sienta desanimado.

Las instituciones académicas, por tanto, si bien son útiles, no son guardianes adecuados de los intereses de la civilización en un mundo donde todos los que quedan fuera de sus muros están demasiado ocupados para atender a propósitos no utilitarios.

En un mundo donde nadie sea obligado a trabajar más de cuatro horas al día, toda persona con curiosidad científica podrá satisfacerla, y todo pintor podrá pintar sin morirse de hambre, no importa lo maravillosos que puedan ser sus cuadros. Los escritores jóvenes no se verán forzados a llamar la atención por medio de sensacionales chapucerías, hechas con miras a obtener la independencia económica que se necesita para las obras monumentales, y para las cuales, cuando por fin llega la oportunidad, habrán perdido el gusto y la capacidad.

Los hombres que en su trabajo profesional se interesen por algún aspecto de la economía o de la administración, será capaz de desarrollar sus ideas sin el distanciamiento académico, que suele hacer aparecer carentes de realismo las obras de los economistas universitarios. Los médicos tendrán tiempo de aprender acerca de los progresos de la medicina; los maestros no lucharán desesperadamente para enseñar por métodos rutinarios cosas que aprendieron en su juventud, y cuya falsedad puede haber sido demostrada en el intervalo.

Sobre todo, habrá felicidad y alegría de vivir, en lugar de nervios gastados,

cansancio y dispepsia. El trabajo exigido bastará para hacer del ocio algo delicioso, pero no para producir agotamiento. Puesto que los hombres no estarán cansados en su tiempo libre, no querrán solamente distracciones pasivas e insípidas. Es probable que al menos un uno por ciento dedique el tiempo que no le consume su trabajo profesional a tareas de algún interés público, y, puesto que no dependerá de tales tareas para ganarse la vida, su originalidad no se verá estorbada y no habrá necesidad de conformarse a las normas establecidas por los viejos eruditos.

Pero no solamente en estos casos excepcionales se manifestarán las ventajas del ocio. Los hombres y las mujeres corrientes, al tener la oportunidad de una vida feliz, llegarán a ser más bondadosos y menos inoportunos, y menos inclinados a mirar a los demás con suspicacia. La afición a la guerra desaparecerá, en parte por la razón que antecede y en parte porque supone un largo y duro trabajo para todos.

El buen carácter es, de todas las cualidades morales, la que más necesita el mundo, y el buen carácter es la consecuencia de la tranquilidad y la seguridad, no de una vida de ardua lucha. Los métodos de producción modernos nos han dado la posibilidad de la paz y la seguridad para todos; hemos elegido, en vez de esto, el exceso de trabajo para unos y la inanición para otros. Hasta aquí, hemos sido tan activos como lo éramos antes de que hubiese máquinas; en esto, hemos sido unos necios, pero no hay razón para seguir siendo necios para siempre.

Bertrand Rusell



FRAGMENTOS 1.2

Cualquier trabajo es mejor que ninguno. **Bill Clinton (1998)**

Ningún trabajo es tan duro como ninguno. **Oficina Federal de Coordinación de las Iniciativas de Parados de Alemania Lema de una exposición de carteles (1998)**

El trabajo voluntario debería ser recompensado, no retribuido [...]. Pero quien realiza un trabajo voluntario se libra además de la mácula del paro y del receptor de ayuda social. **Ulrich Beck El alma de la democracia (1997)**

El bárbaro es perezoso y se diferencia del hombre culto en que se recrea en su propia abulia, puesto que la educación práctica consiste justamente en el hábito y en la necesidad de ocupación. **Georg W. F. Hegel Fundamentos de filosofía del derecho (1821)**

El trabajo tiene que empuñar el cetro, siervo debe ser solo el que va ocioso, el trabajo debe regir el mundo, porque solo él es el fundamento del mundo. **Friedrich Stampfer En honor al trabajo (1903)**

El principio moral fundamental es el derecho de los hombres al trabajo [...]. Según mi parecer, no hay nada más abominable que una vida ociosa. Ninguno de nosotros tiene derecho a algo semejante. En la civilización, no hay sitio para gente ociosa. **Henry Ford**



TRABAJO ASALARIADO, NO GRACIAS



El primer paso que debemos dar al hablar sobre el trabajo es su conceptualización, qué diferencia hay entre labor y trabajo. A lo largo de nuestros día a día realizamos múltiples tareas que implican un esfuerzo, tanto físico como mental, pero solo algunas están remuneradas a través del salario, aunque ambas tengan un valor productivo. Pero de lo que se hablará a continuación será de la concepción marxista del trabajo desde el punto de vista del materialismo histórico, es decir, todo aquel esfuerzo que genera plusvalor de capital. El neoliberalismo es quien determina qué es trabajo, mercantilizando esas partes de la vida en función de la rentabilidad que pueda obtener de ellas. Aunque en este punto también podríamos incluir aquellas actividades ligadas a la reproducción social, ya que, aunque no generen valor productivo, sí son garantes de ese plusvalor. El trabajo, o bien se halla en el trabajador o bien ha salido de este, es decir, o es la fuerza de trabajo capaz de producir o es el producto ya finalizado, la mercancía. El trabajador no puede vender los productos que mencionamos por no ser el propietario de los medios de producción, pero en el caso de que lo fuese, tampoco sería propietario, ya que tendría que vender los frutos de su trabajo para poder vivir y, por lo tanto, el capitalista no puede comprarle más que fuerza de trabajo.

¿Es cierto que la plusvalía que se apropia el patrón es un robo? A ver, honestamente, no. Hay una primera fase, la del intercambio, donde la clase

asalariada acepta las condiciones propuestas por el capital, en el momento de su contratación, cuando se negocia el pago de un salario en tiempo y forma. Lo que sí pasa es que el trabajador sigue trabajando en el proceso de intercambio (el acordado según el valor de la fuerza de trabajo en el mercado laboral llamado tiempo de trabajo) y sigue haciéndolo en la fase de producción (que es donde se genera la plusvalía, llamado tiempo de destajo), y es aquí donde la clase capitalista se apropia de un excedente (aquel que supera en tiempo a la fase de intercambio, más la venta del producto), no lo roba, sino que se lo apropia gratuitamente por el hecho de ser la clase propietaria. Vende la masa mercantilizada en el mercado recuperando la inversión del pago a la clase trabajadora (ganancia), y se apropia del excedente de el valor, se apropia de algo que no ha producido, la burguesía por su propia estructura jurídica, no considera que sea un robo (la ganancia no es un robo), ahora, que sea una explotación económica es un hecho objetivo y real, pero no es un problema ético para la burguesía porque no es un robo sino una apropiación derivada de una explotación. La burguesía considera que es una relación de igualdad, ya que se paga lo pactado durante la primera fase, pero omite que dicha fase es opaca, por no mostrar toda la información al no considerar que está obligada a ello. E incluso todas las leyes laborales, conforman la misma estructura jurídica que legitima esa apropiación, es el marco que propicia lo que estamos hablando. Esas pequeñas derrotas y victorias de derechos, en el fondo, legitiman nuestra propia explotación.

La superación del trabajo asalariado es tan necesaria como inevitable para el progreso social, como lo fue la abolición del trabajo esclavo o el trabajo servil. A día de hoy es ilegal el servilismo o la esclavitud ¿por qué nos escandaliza tanto la idea del derrumbe de la estructura productiva del capitalismo? Creo que el problema de esta incapacidad reside en la no coacción física; el esclavo estaba coaccionado a trabajar, mientras que la clase trabajadora de hoy no se siente obligada físicamente a vender su fuerza de trabajo. Pero ¿no es apartheid en la carrera social una forma de obligación? Si no tienes acceso al mercado del consumo por no participar de la rueda productiva ¿no se ejerce coacción?

Lo que no podemos hacer de ninguna forma, es separar la naturaleza del trabajo en relación con la propiedad privada, si abolimos la propiedad privada mediante la socialización de los medios de producción, pero no abolimos el trabajo asalariado, lo que estamos haciendo es garantizar que reaparezcan de nuevo la estructura de las relaciones capitalistas. No sé si hay que dar una tregua en el tiempo donde el trabajo asalariado se mantengan para superar a la sociedad del capital, y más si entendemos que esta fase sería heredada de un conflicto entre las clases sociales, es decir, la postrevolución donde las condiciones materiales de vida estarían maltrechas. Pero una vez

que la sociedad se ampare en su propia estructura, es el momento donde la fase de superación del trabajo asalariado es una obligación dejando atrás a propietarios, administradores, gestores... es la gran disyuntiva que hay con el marxismo, que nos convencía que la propiedad estatal era la propiedad común, la propiedad del pueblo. Pero era francamente mentira, la propiedad de los medios de producción pertenecía a el Estado-Partido, es decir, a esa franja burocrática que se distanció cada vez más del pueblo. Estos poseían las empresas, pero no eran propietarios como tal y luego estaba la masa de trabajadores que no era ni una cosa ni la otra. Por ejemplo, la burocracia soviética ejercía la figura de proto burguesía, y a día de hoy, es la burguesía. Que se lo digan al presidente Putin.

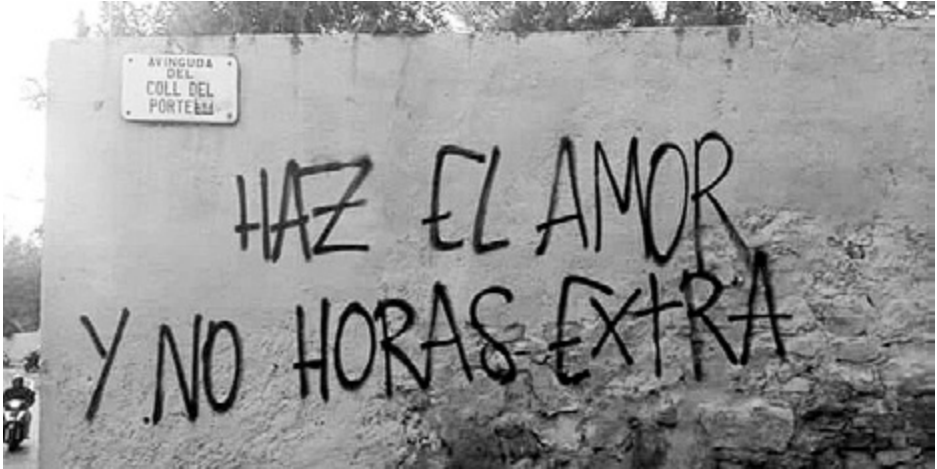
La izquierda a mitificado el trabajo con especial celo, incluso hasta elevarlo no solo a esencia del ser humano, sino como principio contrapuesto al capital (contradicción capital-trabajo lo llaman), pero dicha contraposición no deja de ser un choque de intereses que se da dentro del mismo marco estructural, el fin absoluto del capital. Ha centrado todo su programa político en la "liberación del trabajo" y no en liberarse del trabajo. En cambio, la clase trabajadora no supo ver la transformación del esfuerzo en dinero como algo irracional, sino que lo vio como un orden positivo, o en el mejor de los casos, como algo neutral. El trabajo se consagró como un derecho humano, los reaccionarios gritan "trabajo para los nacionales" y los progresistas replican "trabajo digno para todos", pero tanto unos como otros, se convirtieron en partidos del trabajo (partidos del capital), la democracia liberal no es más que la elección entre la peste o el cólera. La cooperación en su sentido más estricto que viene a ser "obrar juntamente con otro u otros para la consecución de un fin común", entre Estado y capital es tan incuestionable y reciproca, que se puede ver cuando se entiende que el Estado no es una estructura autónoma, sino una estructura que depende de la explotación laboral como fuente principal de ingresos, ya que no es un organismo autónomo capaz de convertir el trabajo en capital. El Estado se muestra heterónimo frente al fetichismo de la sociedad del trabajo. El Estado de bienestar ha sido derrotado por la economía, cuando la explotación de capital se concentra en menos islas del mercado mundial, menos exhaustiva es la necesidad de aprovisionar a la población. La sobrepoblación de la que huyen las oligarquías financieras, se ve regulada por la ley de eutanasia social; puesto que el estatus de "sobrante" y el estatus de pobre se dan la mano. Todos aquellos medios garantes de abundancia que facilitarían el acceso a la sanidad, la educación, la cultura, etcétera... están bajo llave. La democracia a metamorfoseado en una cleptocracia corrupta, ha hecho del ejercito su banda armada y ha convertido a la policía en asaltante de caminos. No hay freno para esta decadencia, el colapso no es una fase finalista, es un proceso que empezó hace mucho tiempo, la sociedad del trabajo es un supuesto axiomático de la democracia política, no espero que

una regule a la otra para evitar nuestro descalabre. El fraude objetivado tiene que explotar después de un cierto tiempo de incubación. La globalización nos prometía una unidad social, la democracia liberal, pero lejos de ello vemos como hay una progresiva fragmentación, incluso en el mundo laboral la idea de “precario” oculta que ya no existe idea común del trabajo. Tanto es así que ya tampoco puede haber experiencia común de su detenimiento, y que el viejo mito de la huelga general existe ya solo para ser depositado en el estante de los accesorios inútiles. Los conflictos laborales se han convertido en choques entre dos minorías (la gubernamental y la manifestante) ante la actitud impasible de una población espectadora.

La superación del trabajo asalariado va forzosamente ligada a la supresión de la propiedad privada, concibiendo la supresión no solo desde el plano subjetivo de la ominosa disposición de los recursos por parte de unos pocos, sino que tenemos que entender que la propiedad estatal es un derivado de la propiedad privada ya que la propiedad se dirige y gestiona desde una comunidad de productores abstracta y externa al atomizado productor social. Es decir, ambos modelos de propiedad son obsoletos según avance la crisis de la sociedad del trabajo. Es en este punto donde aparece el colectivo que, a través del debate y el acuerdo, decide el nuevo uso que se le dará a los recursos. Organizándose de una forma escalonada (desde un ámbito local hasta el ámbito mundial) generará una identidad de consumidores-productores totalmente enajenada del mercado y el Estado. Ya no sería una “mano invisible” la reguladora del flujo de recursos, sino una actuación social y ecológica consciente. La producción se basará no en la rentabilidad y la ganancia sino en la necesidad social. ¿Qué pasaría con el dinero? Pues la representación material del valor existe mucho antes que el capitalismo, no es una consecuencia del mismo, de hecho podríamos hablar de un cambio de paradigma manteniendo la figura del dinero de por medio, siendo el colectivo productor remunerado según sus propios estatutos como pasó en la toma de fábricas en Argentina, donde las asambleas de trabajadores decidieron sobre su remuneración (cuantía y reparto), como también seguirá existiendo el intercambio de las mercancías producidas por dinero, pero ese ingreso no se registrará por la ganancia ni por la especulación de los excedentes, sino que su apropiación será para el colectivo, no para el capitalista ni para el Estado. Quedará el trabajo colectivo social que se remunera, que volverá a invertir, recuperará los gastos invertidos teniendo en cuenta, además, las necesidades de la comunidad (las familias de la clase trabajadora) saliendo su proyección del proceso de producción inmediato.

Jaime Manso Castaño.

CAMBIAR EL ESCENARIO



Escenario 1:

Mercadona. Cambio de turno. Una empleada se acerca a la compañera que está en la caja.

-Buenas, cuando quieras te suplo.-

-Acabo con este cliente y me piro a casa, que ya sobrepasé mi horario. ¿Te cambiaron el turno?.-

-Si, ayer por la tarde me llamó el encargado. Estoy un poco harta, te llaman con menos de 24 horas para comunicártelo. Así no se pueden hacer planes.-

-Ya te digo. Yo había pagado para ir al gimnasio y a unas clases de inglés y he tenido que anular las matriculas. No hay vida con este trabajo.-

-Cierto. Y yo porque tengo a los abuelos, sino los niños solos en casa cada dos por tres. Bueno, vete ya y que descanses, ya sigo yo.-

-Chao guapa, ánimo.-

Escenarario 2:

Mercadona. 13:00h. A esta hora nadie está trabajando. Cojo las frutas y verduras que necesito y algunos productos de limpieza y me marchó a casa. Faltan algunos productos pero hasta mañana a las 9:00 no los reponemos. Mañana vuelvo. O pasado mañana, tengo tiempo.

Como sabéis, ya no se pagan los productos del Mercadona. Coges lo que necesites y marchas. Ahora es una empresa de gestión común municipal. Cada mañana a las 8:00, se reparten en la asamblea de almacenes del barrio los trabajos a realizar de 9:00 a 12:00. Transportar productos, reponer y limpiar fundamentalmente. Cada un@ se apunta según disponibilidad. Tenemos claro que si no lo hacemos entre tod@s estaremos desabastecidos.

El escenario 1 es la realidad que nos disgusta. El escenario 2 es el sueño agradable que podríamos haber acariciado en algún momento. Entre la escena 1 y la 2 hay una utopía de diferencia. En esa utopía se han alterado la concepción del trabajo, de la propiedad privada, del uso del dinero como valor de intercambio, del tiempo en la vida de las personas y del concepto de ser humano como ser relacional que necesita de los demás para sobrevivir. Constatemos lo que nos lleva a aceptar la escena 1 con disgusto en el día a día.

¿Qué es lo que las personas en los países ricos hacen cuando están en posición de hacer lo que quieren? ¿Qué es lo que hacen cuando están de vacaciones? Mucha gente busca una vida más simple, tratando de organizarse de manera que obtengan la satisfacción de necesidades inmateriales: pasar tiempo con familiares, cultivar la amistad, el amor, practicar más sexo, disfrutar de un tiempo lúdico no programado, ralentizar el tiempo, vivir experiencias, nuevos desafíos, nuevas adquisiciones intelectuales, oportunidades para la creatividad, trabajo en lugar de empleo, autorrealización, bienestar, felicidad, reconocer un sentido del significado de la vida, de la existencia... Cuando el periodo vacacional termina y nos incorporamos al puesto de trabajo nos aparecen emociones de rabia, tristeza, desánimo. Hasta que las domesticamos para sobrevivir emocionalmente el día a día. ¿Porqué no es posible vivir todo el año lo que vivimos en vacaciones?

Existen cuatro estadios en la vida de toda persona desde que nace hasta que muere: prepararse para un puesto de trabajo, trabajando efectivamente, buscando trabajo y demostrando que se está temporal o permanentemente incapacitado para trabajar. Si no se dan alguno de estos estadios, la persona tendrá problemas consigo misma y con su entorno. Hemos interiorizado desde la infancia que el trabajo productivo y remunerado es la clave de una buena vida. Pero la experiencia nos dice lo contrario. Lo que aprendimos y lo que vivimos no nos devuelve la misma verdad. Las emociones no mienten: el bienestar vacacional frente a una ira larvada y permanente en las tripas.

El trabajo del que hablamos es el trabajo productivo y remunerado. Las tareas de la casa no se consideran trabajo y se asocian a la mujer. Nuestras madres y abuelas trabajaron al servicio de la casa y la familia. Pero no remuneradamente porque su actividad no se consideraba trabajo. Y se asume que estas tareas son propias de la mujer, por que el verdadero trabajo lo realiza el hombre. Si en una pareja, es el hombre el que decide quedarse en casa para realizar estas tareas, es un maricón, un vago y/o un mantenido. Así, hay un gran número de tareas y actividades humanas que quedan fuera del concepto de trabajo que hemos interiorizado desde la infancia. Trabajo solo es aquel que modifica el medio para generar riqueza para la nación. Lo postuló Adam Smith en “la riqueza de las naciones” en 1776, y desde entonces esto forma parte del condicionamiento operado en los individuos por los mecanismos de disciplina de las sociedades capitalistas.

Hasta tal punto funciona este condicionamiento, que la identidad individual se autodefine por la actividad productiva y remunerada que ha acompañado la existencia. Preguntamos a los demás lo que son y los demás nos responden por su oficio. El ser es el hacer para millones de personas: “Soy panadero”, “soy peluquera”, “soy cajera”, “soy comercial”... “Tanto haces, tanto vales” queda grabado a fuego en el subconsciente del individuo. Cuando cesa la actividad laboral se tambalea la identidad del individuo, bien por paro, bien por jubilación. La persona experimenta patologías depresivas al no saber quién es en esa situación. Y máxime se agrava con la sensación profunda de haber perdido la vida en actividades innecesarias o de no haber podido desarrollar otras actividades.

El trabajo, tal como hoy lo entendemos, no ha sido un universal antropológico. Desde Adam Smith, todas las indicaciones económicas tienen el objetivo último de hacer crecer la opulencia del Estado en el marco de las rivalidades con otros Estados, no la libertad y opulencia de los individuos. Por eso se eliminan como trabajo, de las miles actividades que el ser humano puede realizar, aquellas que no colaboren a ese fin. Esto también fue asumido por Marx en su crítica a Adam Smith. Ambos admitían que trabajo solo es lo que genera riqueza para la nación, aunque Marx criticara el desigual reparto de la riqueza generada por medio del trabajo con el concepto de plusvalía. Pero su idea de lo que es trabajo coincidía con la de Adam Smith. Comunismo y liberalismo se dan la mano en esto. Trabajo solo es la actividad humana que genera riqueza. Para Marx, lo que caracteriza al hombre es el esfuerzo transformando la naturaleza por medio del trabajo, trabajo que transforma también al hombre. El incremento de trabajo productivo y transformador de la

naturaleza es la base del productivismo y de la organización social vigente. Da igual en qué trabajos mientras tengamos pleno empleo, y da igual lo que produzcamos mientras se siga generando riqueza.

Para Aristóteles lo que caracteriza al hombre es ser el único animal que usa la palabra y que necesita vivir en sociedad para vivir bien. Las actividades que definen al hombre no son el trabajo productivo ni la transformación de la naturaleza, sino las actividades que tienen que ver con lo simbólico (el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores...) y con lo comunitario (la participación comunitaria en la casa y la ciudad). Lo que caracteriza al ser humano para Aristóteles es la primacía de la relación con otros seres humanos expresado por su justicia o injusticia. Las actividades humanas englobadas en esta concepción de ser humano abarcan desde las actividades políticas (el cuidado de la relación entre las personas sin la mediación de las cosas, la atención a las cosas de la ciudad, etc) a las actividades contemplativas (la creación artística e intelectual,...). Es curioso observar como en nuestras formas de vida actuales, estas actividades son relegadas al llamado tiempo libre, aquel restante cuando terminan las actividades productivas. El tiempo libre es aquel que nos dejan para experimentar que lo importante sean las personas y no las cosas.

Si analizamos los elementos y condiciones que intervienen en la experiencia de felicidad del hombre tendremos la siguiente lista: ausencia de sufrimiento y dolor, realización de actividades elegidas en las que dejarse fluir, sentido de pertenencia a comunidades humanas, experiencias de solidaridad,... Muy pocas de estos elementos están presentes en el trabajo productivo. Sufrimos enfermedades laborales y acudimos a clínicas especializadas en salud laboral. Hay mortalidad laboral, en muchos casos mayor que por tráfico o por atentados terroristas. Las actividades que realizamos en el puesto de trabajo son escasamente elegidas y mayoritariamente monótonas, nada que tenga que ver con experiencias de felicidad. Los ritmos y tiempo de trabajo nos alejan de nuestras comunidades naturales, la familia, el barrio, la asociación, el sindicato, etc, con lo que perdemos la sensación de pertenencia a alguien. Y nuestro estado de ánimo general nos impide sentir empatía o compasión hacia otros seres vivos, principio de cualquier ejercicio de solidaridad y ayuda mutua. ¿Qué queda para poder decir que vivimos una vida feliz con nuestras formas de trabajo?

Hoy hablamos de conciliación de la vida familiar y laboral al mismo tiempo que intentamos regular las horas extras. Es imposible hacer las dos cosas. Nuestros niños, enfermos y mayores necesitan sus cuidados y atención

con nuestra presencia. Y por otro lado, el empresario solicita pactar las horas de trabajo extra que necesita de nosotros. Y no se resuelve igual si eres hombre o mujer. El problema es de tiempo y de corresponsabilidad. Y las consecuencias para la clase obrera son siempre: ansiedad, soledad, agotamiento, adicciones, aislamiento, y expulsión del mercado de trabajo (sobre todo en el caso de las mujeres).

Por último, para terminar de decidirnos a pasar del escenario 1 al escenario 2, quedaría analizar como nuestras formas de trabajo repercuten en el medio ambiente. Existe una relación estrecha entre nuestro tiempo de trabajo y nuestra huella ecológica. Quienes menos trabajan y menos ganan producen una menor huella de carbono. Si tuviéramos mas tiempo libre produciríamos menos. Producir menos a cambio de tiempo libre. Tiempo libre empleado en actividades elegidas por uno mismo. Se producen gases de efecto invernadero por que producimos mucho bienes y servicios y para ello consumimos mucha energía en producir, transportar, manipular, comercializar y consumir. Si todos trabajásemos menos, se invertiría la ecuación. Trabajar menos para producir menos para contaminar menos. Y si medimos lo producido por las necesidades humanas satisfechas y no por el volumen producido, muchas de las actividades que hoy consideramos empleos desaparecerían.

Pero no se trataría de decrecimiento dentro del capitalismo. Parece que todo mejoraría mucho si el capitalismo como sistema productivo y como organizador de la formas de trabajo desapareciera. Por eso se propone soñar con el escenario 2: en él importa satisfacer las necesidades humanas mas que generar riquezas; mas la cooperación que la competencia; más el tiempo libre para dedicarlo a la cultura común, el arte y la política de la convivencia que el tiempo ocupado en actividades que generen riqueza material, tedio y enfermedades; más las personas que las cosas. Un escenario en el que nos autorganizamos porque nos preocupa el otro y su bien ser, y por que sabemos que es la única manera de sobrevivir en este mundo siendo al mismo tiempo felices.

La reducción de la jornada laboral en 1886 en EEUU y en 1919 en España, fueron hitos que cambiaron las condiciones de vida de muchas generaciones. Ahora toca pensar cuanto y para qué queremos trabajar. Y al igual que entonces, las nuevas condiciones de vida no serán regaladas sino conquistadas. ¿O estamos bien en el escenario 1?

Luis - CNT Fuenlabrada

FRAGMENTOS 2.2

Paul Lafargue,
Derecho a la pereza.



“Este trabajo, que en junio de 1848 los obreros reclamaban con las armas en la mano, lo impusieron a sus familias; entregaron a sus mujeres y a sus hijos a los barones de la industria. Con sus propias manos, demolieron

su hogar; con sus propias manos, secaron la leche de sus mujeres; las infelices, embarazadas y amamantando a sus bebés, debieron ir a las minas y a las manufacturas a estirar su espinazo y fatigar sus músculos; con sus propias manos, quebrantaron la vida y el vigor de sus hijos. ¡Vergüenza a los proletarios! ¿Dónde están esas comadres de las que hablan nuestras fábulas y nuestros viejos cuentos, osadas en la conversación, francas al hablar, amantes de la divina botella? ¿Dónde están esas mujeres decididas, siempre correteando, siempre cocinando, siempre cantando, siempre sembrando la vida y engendrando la alegría, pariendo sin dolor niños sanos y vigorosos? ...¡Hoy tenemos niñas y mujeres de fábrica, enfermizas flores de pálidos colores, de sangre sin brillo, con el estómago destruido, con los miembros debilitados!... ¡Ellas no conocieron jamás el placer robusto y no sabrían contar gallardamente cómo perdieron su virginidad! ¿Y los niños? Doce horas de trabajo para los niños”.

“Prestando oído a las falsas palabras de los economistas, los proletarios se han entregado en cuerpo y alma al vicio del trabajo, precipitando así a toda la sociedad en las crisis industriales de sobreproducción que convulsionan el organismo social. Entonces, debido a que hay una plétora de mercancías y escasez de compradores, los talleres se cierran y el hambre azota las poblaciones obreras con su látigo de mil tiras. Los proletarios, embrutecidos por el dogma del trabajo, no comprenden que el sobretrabajo que se infligieron en los tiempos de pretendida prosperidad es la causa de su miseria presente; no corren al granero de trigo y gritan: “*¡Tenemos hambre y queremos comer! Cierto, no tenemos ni un centavo pero por más pobres que seamos, sin embargo somos nosotros los que segamos el trigo y recolectamos la uva...*”

COMIC

Alberto Quintana.











¿QUE ES LA CNT?

La CNT, o Confederación Nacional del Trabajo, es una agrupación de sindicatos de clase. Agrupa a personas trabajadoras de todos los oficios.

En la CNT pueden participar todas las personas trabajadoras independientemente de sus ideas políticas o religiosas, siempre que se comprometan a respetar nuestro pacto asociativo y acepten la Asamblea General del sindicato como organo decisorio.

La CNT es diferente. Hacemos de la democracia directa nuestra seña de identidad. Este tipo de democracia consiste en que las decisiones las toman siempre quienes están afectadas por ellas. Nuestros estatutos garantizan que en el sindicato, es la asamblea la que manda. Y en la Asamblea, todas las palabras tienen peso. Si tienes tus razones, vas a poder decidir el camino que vas a tomar. Esto implica que la CNT ha de ser por fuerza una organización horizontal, donde todas las personas afiliadas tienen el mismo derecho de decisión y participación.

Dentro de este marco anarcosindicalista, entendemos como persona trabajadora toda aquella que vive de su trabajo, sin aprovecharse del trabajo de los demás. Dentro de la CNT, la participación de la filiación no solo es un derecho, es nuestra forma de funcionar y de trabajar. Carecemos de personas liberadas y trabajo asalariado.

La táctica de la CNT es la acción directa. Es decir, acciones organizadas directamente por las personas trabajadoras y con la implicación de las personas afectadas, usando los medios que estén disponibles.

Calle Barcelona 20 (La Serna), Fuenlabrada. Martes y jueves de 19:00 a 21:00

fuenlabrada@cnt.es



FUENLABRADA LIBERTARIA

AUTOGESTION SOLIDARIDAD
APOYO MUTUO ASAMBLEA

DISTRIBUYE
FUENLABRADA
LIBERTARIA...

ESCRIBENOS CON
TUS SUGERENCIAS Y
COMENTARIOS...

fuenlabradalibertaria@riseup.net